

rial, nevada en toda su extensión; y rieve y más nieve veíamos por la Vía Appia cuando íbamos rumbo a Nápoles.

La Escala Santa, es algo, digno de la mayor veneración; como la Capilla del Quo Vadis Dómine erigida en el mismo sitio en que Cristo se le apareció a San Pedro cuando el santo pensaba huir de Roma.

La Plaza Venettio donde se encuentra el Palacio de Mussolini con su hermosa fuente Monumental que de noche se ilumina, es la más linda, cercana al monumento de Carlos Manuel III, el más bello monumento de Italia.

Pero lo más grandioso para mí fue el Castillo de San Angel. Mi hijo y yo lo subíamos casi corriendo y una vez arriba, ¡el Tíber y la vista panorámica de Roma, fueron un asombro a nuestros ojos! De la más alta torre de este castillo es de donde se lanza Floria Tosca, en la representación de la Opera, al ejecutarse el Cavaradosi, la sentencia dictada por Escarpia— ante el cual "Temblaba toda Roma".

Las ruinas en Roma nos dejan un sabor de siglos, el Foro de Augusto, el Foro Romano, el Foro de Julio César, dejan ver, palpable la grandiosidad de la época. Las columnas que solitarias se yerguen como desafiando el tiempo, son de una belleza parnasiana. El Coliseo, al fondo de la grandiosa Vía del Triunfo—asi como la Torre Eiffel es el emblema de París— el Coliseo es el emblema de Roma.

La Fontana de Trevi atrae como un imán; es de lamentar que donde está no se luce en toda su hermosura. Representa el Océano en la gigantesca figura de un Neptuno emergiendo de una concha tirada por caballos marinos, luego lo decoran columnas y bajo relieves y otras diversas esculturas. Desde luego, allí tiramos nuestra moneda. En una de las atracciones llamada "Roma de noche", vimos varias de estas fuentes iluminadas. Se nos decía que había 300 fuentes en Roma, aunque no es posible verlas todas.

La vida nocturna de Roma es muy intensa a pesar de la cercanía de su Santidad. Un cabaret de los que conocimos representaba una gruta de hielo; desde lo alto colgaban las estalactitas y debajo de las mesas, las viandas, el vino y el baile. Otro, conocimos, que se llamaba la Biblioteca. Simulaba una estantería de libros, mejor dicho, muchas estanterías pero de botellas enfiladas a manera de biblioteca; y otro era tan lujoso que no se permitió a los caballeros en-

trar con sobretodo. Pero no se crea que por ser el programa muy intenso, no tuvimos nuestras noches de velada. Cuando la nieve no nos dejó salir. Froylán tocaba el piano, que lo hace con alma de artista y mi muchacho cantaba con hermosa voz. Así la charla se prolongaba entre la música delicada, entre risas jubilosas, o la narración interesante del doctor Padilla, el chiste ameno de Moncho Arroyo o la broma oportuna siempre de Miguel Angel Fernández. También nos hicieron amenas las veladas, las visitas de nuestros Embajadores, tanto en Roma como en Madrid.

En París comprábamos perfumes, en Roma rosarios y sedas naturales, en Madrid mantillas y en Lisboa bordados de Madeira.

Nota:

El comentario continúa con Amalfi, Capri, Sorrento, el Vesubio, Nápoles y la Gruta Azul; Monte Carlo, Mónaco y Niza; Barcelona, Madrid y Lisboa.

Amalia de Sotela

San José de Costa Rica 1957

Meditaciones de un final de año...

(Viene de la página 240)

ceres mercenarios, se han dado cuenta de que la vida del poderoso — tanto boato y esplendor como muestre — está roída de congostas innumerables. Saben que comodidad no es sinónimo de dicha, que riqueza y poder no dan la paz interior.

Son ellos los que deben comprender el lenguaje de la historia, quienes han de frecuentar a los antepasados egregios que nos hablan desde los anaqueles y los museos y las catedrales. La juventud puede desoir sus lecciones, porque está ansiosa de probar, de vivir, de experimentar. Pero no el hombre y la mujer maduros. A ellos les pido que ejemplaricen, que con su conducta —no con sus meras palabras— prueben que han comprendido el mensaje de los siglos pasados. La juventud discute nuestras palabras, pero respeta siempre nuestros ejemplos. ¿Qué es lo que constituye la dicha cierta del hombre? ¿Cuáles son esos resortes con que puede superar su condición troglodita? ¿Para que vivimos? ¿para qué perpetuamos la especie? Si no lo sabemos, si no nos cuidamos de entenderlo, ni nos interesa averiguarlo, si vivimos día a día, sin meta que la comodidad egoísta, carecemos de autoridad para dar lecciones de vida a nuestros alumnos o para guiar a nuestros hijos.

La conciencia de nuestra responsabilidad de seres infinitos, la solidaridad con lo mejor y más noble del pasado, no se inculcan sino con experiencia leal, con humildad de espíritu y con amor. La tarea de la generación adulta es de la de mostrar que se han comprendido los afanes milenarios del hombre para superar su condición de fiero

y que, pese a las miles y cotidianas sollicitaciones del egoísmo, se ha vivido de acuerdo a esos ideales.

La ciencia y las técnicas no se oponen a tal progreso íntimo; no se es más noble porque se maneja un huso o una lanzadera eléctrica. No se es más respetable por ser magistrado que por ser labriego. La escala de valores espirituales es otra. Se mide por la devoción a esos postulados por los que vivieron Sócrates y Buda, Jesús y San Francisco de Asís... De muchos miembros de las Academias, vestidos con galones y entorchados, no se recuerda el nombre ni se cuelgan cuadros en los museos; pero de un sordo enloquecido de trinos se repiten las Sonatas. De un manco recaudador de impuestos y que vivió los días lamentables de la prisión por deudas, se leen hoy en todos los colegios del mundo, los diálogos plenos de sabiduría de Don Quijote y Sancho.

Escoger entre lo que es inmortal y lo que es perecedero, entre lo que se traduce en una superación del hombre y lo que es oropel y vanagloria, y conscientemente aceptar sólo aquello que puede conducirnos a una convivencia más generosa, a un servicio más noble hacia los demás, eso es lo que en el lenguaje personal de la propia experiencia, en el callado y elocuente ejemplo de todos los días, ha de pasar de generación en generación. Tal es el mensaje que deseamos que padres y maestros entregáramos a la juventud.

Amanda Labarca H.

Santiago de Chile, Diciembre de 1955.